

de <sup>los</sup> Bisontes  
Altamira



ALBERTO  
VÁZQUEZ-FIGUEROA

## CAPÍTULO I

### NACER EN UNA CUEVA

Sus primeras sensaciones fueron el olor y el contacto de la piel de su madre, así como el olor y el contacto de la piel de bisonte con que su abuela les había arropado en cuanto cortó el cordón umbilical.

Fuera hacía frío, pero allí, en el estrecho espacio que quedaba entre dos generosos pechos y el suave pelaje del animal, descansaba a salvo tras el enorme esfuerzo que había significado abrirse paso desde la oscuridad absoluta del tibio vientre materno a la suave penumbra de una cueva apenas iluminada por una hoguera cuyo humo olía a roble y castaño.

Durmió hasta que acudieron a visitarlos la práctica totalidad de los miembros de una comunidad que se sentía feliz y afortunada por el hecho de que una nueva vida viniera a demostrar con pequeños gestos y sonoros llantos que los *ghámanas* se estaban convirtiendo en un clan fuerte y prolífico, capaz de hacer frente a cualquier adversidad por terrible que fuera.

Tras acariciarlo y besuquearlo se reunieron en torno a la hoguera de la caverna central con el fin de celebrar tan feliz acontecimiento, rogarle a los dioses que concedieran larga vida al recién nacido así como buscarle un nombre, puesto que desde el momento en que llegó al mundo ya no pertenecía a sus padres; pertenecía a todos

porque todos tendrían que esforzarse a la hora de conseguir que sobreviviera, y por lo tanto todos tenían derecho a decidir cómo debería llamarse.

Y una larga experiencia demostraba que no resultaba empresa fácil debido a que hasta los mocosos opinaban, lo cual les estaba permitido porque de igual modo la experiencia demostraba que los más pequeños tenían más imaginación a la hora elegir nombres.

Se desecharon incontables opciones y se discutieron sin acritud múltiples propuestas, hasta que una chicuela se quedó mirando al techo, alzó la mano como si pretendiera cazar una mosca y comentó:

–Debería llamarse *Ansoc* –Humo– porque el humo sube, se escapa entre los dedos y nadie puede atraparlo.

La propuesta fue aprobada por unanimidad debido a que provenía de la hermana mayor del neonato, quien estaba destinada a ser la que más tiempo pasara a su lado cuando su padre estuviera cazando y su madre engendrando hijos, recolectando frutos o curtiendo pieles.

La fiesta concluyó con el sacrificio de una cabra que se consumió acompañada de huevos de codorniz, arándanos y setas.

Cuando Nanud despertó y su marido le comunicó que su cuarto hijo se llamaría *Ansoc* asintió satisfecha aunque comentó con una cierta amargura que confiaba en que no se volatilizara demasiado pronto.

El temor a que sus hijos no alcanzaran una edad en que podrían valerse por sí mismos, momento en el que al parecer se encontraban a salvo de los demonios que disfrutaban devorando las entrañas de los niños, sobrevolaba sobre los *ghámanas* desde el amargo día

–incontables generaciones atrás– en que una mujer abandonada a su suerte por ladrona, bruja y estéril, les lanzó una maldición poco antes de perderse de vista rumbo a las montañas.

En primavera encontraron su cadáver congelado pero pese a que lo quemaron junto a un jabalí putrefacto con el fin de romper el hechizo, los niños continuaron muriéndose cuando aún gateaban, por lo que sus padres vivían en una constante angustia.

Perder a un hijo no solo constituía una terrible tragedia; estaba considerado casi un deshonor.

La comunidad necesitaba brazos fuertes y vientres fecundos.

Cuando al fin una fría mañana Ansoc abrió los ojos, lo primero que vio fue el techo de la cueva y el rojizo color de la piel del bisonte.

Al poco sintió hambre y lloró hasta que pudo aferrarse al generoso pecho de su madre, quien se sintió feliz al comprender que le seguía dando vida tal como se la había dado mientras lo tenía en su interior. Amamantar la tranquilizaba puesto que jamás conseguía olvidar que dos de sus hijos habían muerto justo en el momento en que dejaron de depender de su leche.

Nadie conseguía explicar la razón, pero solía ocurrir que era en ese limitado espacio de tiempo –el que transcurría entre la total dependencia de su madre y la casi absoluta dependencia de sí mismos– cuando el odiado hechizo hacía acto de presencia, los rostros de los pequeños comenzaban a tornarse cerúleos, tosían día y noche, se les enrojecían los ojos y acababan lanzando un último

lamento que quedaba acallado por los lamentos de cuantos asistían a su angustiada agonía.

A la pérdida de un ser amado se unía el hecho de que la tribu volvía a debilitarse.

En ese caso la lucha regresaba a sus comienzos puesto que se veían obligados a esperar nueve meses hasta que naciera un nuevo miembro, «*y si al fin conseguía ver el sol*», aguardar un par de años hasta que cruzara aquel impreciso umbral que separaba la vida de la muerte.

El hecho de que un niño viera por primera vez la luz del sol traía aparejado un complejo ritual al que convenía que asistiera toda la comunidad debido a que se trataba de una criatura nacida y criada en una caverna que siempre había sido su cuna, hogar y fortaleza, por lo que el hecho de salir al aire libre se equiparaba al hecho de volver a nacer.

A doce inviernos inusualmente fríos les habían seguido casi sin transición veranos tórridos, y debido a ello se reducían al mínimo los anhelados y tan necesarios tiempos de recolección de frutos y sobre todo de caza, con lo que el hambre –y sobre todo el miedo al hambre– flotaba continuamente sobre las cabezas de los *ghámanas*.

Los *ghámanas* –que en su dialecto venía a significar «los montañeses»– constituían un grupo familiar de poco más de dos docenas de miembros, conocidos y respetados por su indiscutible habilidad para trepar por riscos y acantilados en los que conseguían defenderse y rechazar a sus atacantes.

Que un pequeño «naciera por segunda vez» tenía para ellos una especial transcendencia debido a lo cual la ceremonia se llevaba a cabo en un atardecer cálido y nublado con el fin de que la criatura no pasara de una forma traumática de la penumbra de una cueva iluminada por hogueras a la deslumbrante claridad de un día excesivamente luminoso.

Las ancianas y el chamán observaban con especial atención la reacción del niño ante la luz, casi del mismo modo que en el momento de venir al mundo habían comprobado que no le faltaba ningún miembro.

Ansoc superó con éxito la prueba ya que lo único que demostró fue sorpresa y al poco sonrió observando cuanto le rodeaba al tiempo que extendía la mano hacia el amado rostro de su madre.

Ya era un auténtico *ghámana* y ahora le tocaba demostrar que lo seguiría siendo durante los próximos treinta años.

Pedirle más sería exigirle demasiado puesto que eran pocos los que conseguían llegar a los cuarenta.

La vida en aquel clima y en aquellas circunstancias solía ser muy corta debido a que la caverna era el refugio en el que se protegían del frío, de la lluvia y de sus enemigos –incluidos las fieras u otros hombres–, pero también era el lugar en el que durante los largos inviernos pasaban demasiado tiempo respirando un aire que apenas se renovaba.

Sobrevivir a los tres primeros años era una auténtica hazaña; sobrevivir a los treinta, casi un milagro.

Ansoc consiguió sobrevivir a esos primeros años, y sus piernas empezaron a ser lo suficientemente fuertes como para que al fin le llevaran a ver el mar.

Durante los días más calurosos del año parte de los miembros de la comunidad, aquellos que no corrían peligro por ser demasiado jóvenes o demasiado viejos, se establecían en pequeñas cuevas de la costa con el fin de disfrutar de sus hermosas playas, un agua refrescante y una incontable diversidad de curiosos animales que cambiaban drásticamente su dieta.

Los *ghámanas* ignoraban por qué razón ocurría, pero sus antepasados les habían enseñado que durante los meses de calor intenso el mar proporcionaba mucho más alimento que durante el resto del año, del mismo modo que la tierra solía producir más frutos durante la primavera.

Y era cierto debido a que en la inmensidad de los océanos la gran masa de agua de las profundidades no se alteraba aunque las plataformas continentales disfrutaban anualmente de una prodigiosa transformación.

A lo largo del invierno las aguas de las capas superiores se habían ido enfriando, por lo que al ser más pesadas comenzaban a hundirse y al hacerlo desplazaban hacia lo alto las capas inferiores más calientes. Y con ellas ascendía la gran cantidad de sales minerales que se habían ido acumulando en el fondo por efecto de la sedimentación.

Al igual que las plantas terrestres necesitaban sales para su crecimiento, las algas las exigían, y con el aporte de esas sales despertaban de su letargo a una vida acuática que se desarrollaba con incontenible ímpetu.

La multiplicación llegaba a ser tan desproporcionada que en ocasiones inmensas extensiones se teñían de rojo, verde o pardo debido a la pigmentación de las algas que formaban el plancton, y podría decirse que el mar hervía de vida como una gigantesca máquina de creación y muerte.

A finales de verano el ritmo comenzaba a disminuir, los peces preferían regresar a las profundidades, y en otoño los océanos mostraban un fulgor fosforescente, frío y metálico, la poca vida que aún quedaba se sumergía y con el invierno todo parecía gris y muerto.

Pero al igual que en tierra los brotes aguardaban bajo la nieve, en las profundidades la vida esperaba y con la llegada del verano florecería nuevamente creando criaturas fascinantes.

Para Ansoc, que había pasado la mayor parte de su tiempo en una cueva en penumbra, el descenso a la costa constituyó una fabulosa aventura puesto que ahora todo era espacio, luz, color, estruendo del retumbar de olas, chillidos de gaviotas y olores limpios.

Descubrió que el océano, aquella fuerza bravía y rugiente que se perdía de vista en el horizonte, constituía la antítesis de las inamovibles paredes de roca entre las que había crecido, y que de sus entrañas nacían tantas criaturas pintorescas y asombrosas que cabría pensar que creaba una nueva forma de vida con cada nueva ola.

Y de entre todas ellas destacaba una que a la vez le atraía y repelía: los pulpos.

A su madre le encantaban; los atrapaba con facilidad, los golpeaba una y otra vez contra las piedras, los



rasgaba a mordiscos y se relamía mientras devoraba hasta del último rejo.

Ansoc también se los comía, pero experimentaba la desagradable sensación de que los rejos se le retorcerían en las tripas del mismo modo que se habían retorcido mientras seguían con vida.

De igual modo le fascinaban los cangrejos, a los que perseguía sobre la arena o los charcos, sin comprender por qué razón corrían siempre hacia atrás, hasta la mañana en que su hermana Lía le explicó que lo hacían para ver siempre de frente a quienes los atacaban porque de ese modo se defendían con sus fuertes pinzas y conseguían escapar con mayor facilidad.

Fue durante aquel verano cuando Ansoc comenzó a tener plena conciencia de la asombrosa complejidad de la naturaleza, así como de hasta qué increíble punto los seres vivientes podían diferenciarse entre sí. Unos volaban, otros nadaban, otros corrían, otros se arrastraban, otros graznaban, otros mugían, otros aullaban y otros – los menos– incluso hablaban.

Resultaba ciertamente confuso.

A veces demasiado confuso.

Y cuando empezó a tener uso de razón le desconcertó ver como los hombres se esforzaban rompiendo piedras, sudando, resoplando, e incluso machacándose los dedos.

Se le antojó estúpido, hasta que comprendió que lo que en verdad hacían era convertir esas piedras de sílex en afiladas puntas que fijaban al extremo de largos palos con los que abatían ciervos, cabras, jabalíes y caballos.

Tiempo atrás también abatían bisontes, pero ya había muchos años que los bisontes se mostraban esquivos.

También fabricaban hachas y cuchillos con los que despellejar y descuartizar animales, así como raspadores con los que alisar sus pieles, por lo que con el paso del tiempo acabó por reconocer que de aquel monótono y aparentemente absurdo golpetear de piedra contra piedra dependía la supervivencia de la comunidad.

Pronto tuvo que aprender a buscar las piedras más idóneas, lo cual no era en absoluto empresa fácil ya que al igual que existían una gran diversidad de animales, plantas o árboles, también existían una gran diversidad de piedras, aunque la mayoría tan solo servía para alejar cabras o abatir tórtolas.

Su padre le enseñó a distinguirlas, por lo que a los siete años ya recolectaba miel, huevos, polluelos, castañas, arándanos y setas, pero sobre todo piedras.

Cuando regresaba con alguna realmente excepcional la marcaba con un tizón para que se supiera que –aunque perteneciera al clan– era él quien la había encontrado.

Fue por aquellas fechas cuando ocurrió un hecho que le marcó de forma muy notable, ya que de igual modo cambió también la forma de vida de la comunidad.

Una soleada mañana llegaron dos hombres de tierras tan lejanas que no se entendía lo que decían pero que indicaron con inequívocos gestos que pretendían quedarse con las puntas de lanza de mayor calidad. A cambio tan solo ofrecían unos largos, muy duros y muy afilados pinchos de hueso.

La respuesta fue rotundamente negativa, pero al poco los forasteros extrajeron de una bolsa un delgado cordel trenzado con los tendones de un caballo y lo intro-

dujeron por el pequeño orificio taladrado en el extremo del pincho de hueso. A continuación clavaron este en una piel extrayéndolo por el otro lado de tal forma que arrastraba tras de sí el pedazo de cordel.

Casi sin transición lo acoplaron a otra piel, demostrando que con aquel sencillo artilugio podían unir dos trozos de piel por muy diferentes que fueran sus tamaños, grosores o procedencias.

Hombres y niños quedaron boquiabiertos.

Y las mujeres fascinadas, puesto que por primera vez tenían en las manos algo que estaría y seguiría estando en las manos de millones de mujeres hasta el fin de los siglos: una primitiva y rústica, pero muy eficaz, aguja de coser.

Los astutos forasteros hicieron un gran negocio pero nunca volvieron, por lo que los *ghámanas*, tanto hombres como mujeres, se aplicaron a la tarea de descubrir a qué tipo de animales pertenecían aquellos resistentes huesos y cómo debían ingeniárselas para que no se quebraran en el momento de atravesar una piel mal curtida o demasiado resistente.

A Ansoc, sinceramente impresionado por la inventiva y el valor de unos desconocidos que habían sido capaces de atravesar una cadena de altísimas montañas en las que proliferaban los lobos, osos, leones y toda clase de fieras sanguinarias, le sorprendió que pese a su innegable inteligencia no hubieran sido capaces de pronunciar ni una sola palabra inteligible.

Fue el anciano más sabio de la tribu quien le señaló:

—Las palabras son como las aves, que en primavera y otoño cruzan muy alto y nunca sabemos dónde anida-

rán. Quienes lo saben se aprovechan de ellas pero nosotros no.

Ni el anciano ni Ansoc podían imaginar que a lo largo de miles de años los seres humanos crearían millones y millones de palabras comprensibles, pero que con el paso del tiempo estas se perderían del mismo modo que las aves migratorias se perdían de vista en el horizonte.

Tan solo muchísimos siglos más tarde, otros hombres tan inteligentes o más que los que inventaron las agujas fueron capaces de diseñar signos que representaban letras o palabras, y al grabarlos en piedras, pieles, barro o papiro transmitieron sus conocimientos a aquellos que fueran capaces de reconocerlos.

Ese aún muy lejano día las palabras dejaron de ser solo sonidos para pasar a convertirse en escritura.

